

Estas palabras respondían al pensamiento de Esther; ella misma no estaba contenta con su cara, pero se propuso llegar á ser hermosa á fuerza de voluntad. Hermosa para el público y para su joven amigo, á quien sentía que amaba.

Aquella noche durmió bien poco; estaba todavía en la creencia de que el amor conducía fatalmente al matrimonio. Ahora bien: ¿se casaría con ella M. de Ravigny, lo mismo siendo comedianta que no siéndolo? Sin duda alguna, le tendrían ya destinado para alguna joven aristocrática y rica de la corte; no podía ser menos, siendo como era el hombre más gallardo del mundo. Vió con terror abrirse un abismo ante la realización de sus ensueños. Pero, para hablar como las discretas: «Aún se espera cuando se desespera.»

IX.

Roxana.

El profeta ha dicho: «Una nueva estrella saldrá de Jacob.» Esther tenía fe en ella; todas las noches saludaba á la estrella más pequeña de las cabrillas. Era la suya. La llamaba Esther, y hablaba con ella como si fuera una amiga. Le ocurría algunas veces enfadarse, y dirigirle amargos reproches; pero, por lo regular, le suplicaba como si fuera un poder celestial.

Se comprendía que todas sus tentativas hubieran fracasado; había ido perdiendo poco á poco todos sus protectores; no le quedaba más que su estrella.

La invocó un día que debía representar en la sala Chantereine. Sin duda, fué su estrella la que condujo á la representación al director del Gimnasio.

Hacía el papel de Eriphyla.

Se entusiasmó, como se había entusiasmado el director del teatro Francés; pero, al menos, su entusiasmo llegó hasta hacerle firmar una escritura con la madre de Esther.

Se le pidieron dos mil francos : dió tres mil. Encargó una obra dramática, que no era, sin embargo, á propósito para el Gimnasio. Esto era mucho para aquella pobre debutante, que iba á salvar su teatro, en el cual se había llevado hasta el extremo el género sentimental.

M. Poirson convidó al estreno á los críticos más notables. Era una pequeña fiesta parisién. Aquéllos iban á dar su opinión. Esther dijo valientemente su papel de vendeana. Dió un tinte épico á la obra, pero no fué comprendida : los burros sabios, como decía el mismo Julio Janin, no estuvieron á la altura del talento de la joven. Se miraron unos á otros, movieron las orejas, y decidieron con gravedad que la joven Esther, con aquella voz y aquella figura, no pasaría jamás de una artista de provincia.

Es que en París siempre quieren ver y oír la misma cosa.

La producción era mala : sin embargo, á poco más, la salva Esther : el autor, en cambio, declaró que la actriz le había perdido. La *Vendeana* tuvo algunas representaciones; pero todo el mundo se burló del «astro naciente.»

Esther no se atrevió á mirar á su estrella. La veía menos brillante que nunca.

El director del Gimnasio quitó la obra del cartel, y volvió á su antiguo repertorio.

Un día le dijeron á Esther que Samson, un

gran actor con quien la naturaleza había sido bien avara, defendía su causa con sus profesores Saint-Aulaire, Prevost, Michelot y madame Desmousseaux. «La naturaleza, que tanto me ha rehusado á mí, se lo ha concedido todo á esa niña; me sorprende que no la hayan Vds. comprendido.»

Esther corrió á casa de Samson.

—V. será mi salvador,—le dijo.

Al cabo de un mes la presentó Samson al director de la Comedia francesa, que exclamó :

—La reconozco; ¿por qué la habré olvidado?

Otra escritura, después de haber rescatado su libertad en el Gimnasio. Llegó el día del debut. Un calor digno del Senegal abrasaba á París. El teatro está solitario, aun en el invierno, de modo que no asistió nadie á aquella representación de *Horacio*, en donde desempeñó maravillosamente su papel de Camila; y, sin embargo, como se suele decir, «lo que era preciso buscar era la soledad y la frescura.»

La joven pasó como una sombra, sin que nadie se tomara el trabajo de ir á verla. El director no desesperó, sin embargo. Como la primera vez, Esther continuó sus *debuts* con tres papeles de las tragedias de repertorio. La sala estaba siempre desierta. Se empezó, sin embargo, á repetir el nombre de Esther como el de una futura trágica; pero se obstinaban en no ver

su belleza escultural, en no considerarla en sus actitudes griegas ó romanas, en su fuerza trágica, en fin, porque entonces era ya todo lo que fué después.

Una noche representaba Roxana; unos periodistas encontraron al director, y le reprocharon la manera ridícula, según ellos, que tenía de representar la nueva actriz.

¡Fué una burla interminable! Llegó hasta la pobre niña, que oía decir por todas partes, ridiculizando su estilo: «¡ Á Carpentras! ¡ Á Carpentras!»

¡Pero el siguiente día volvió Julio Janin de Italia!

LIBRO SEGUNDO.

La escena y entre bastidores.